

Hacia una hermenéutica de la comunicación

MARÍA ANDREA GÓMEZ GÓMEZ¹

Al hablar de la comunicación desde un abordaje disciplinar, es decir, epistemológico en su adscripción a un discurso fundamentado en las ciencias positivas modernas, desde las matemáticas, pasando por la física y la estadística, se delimita su campo de discusión a un conjunto de principios y teorías que dan cuenta de tal desarrollo sólo a partir de lo que ha sido la historia unitaria del pensamiento racional de occidente y su tradición del conocimiento social. Al mismo tiempo, pareciera ponerse límite a las posibilidades de abordar el fenómeno de la comunicación desde una mirada diferente que, conociendo el trasegar de los modelos tradicionales sobre lo que se ha denominado “ciencia de la comunicación o de la información”, cuestione y ponga en sospecha las estructuras y fundamentos bajo las cuales, lenguaje y realidad han sido condicionados por las lógicas científicas; lógicas que imponen una claridad, una veracidad, una objetividad como ética comunicativa de un sujeto reificado en el laboratorio de la academia, de un saber fosilizado en las jerarquías lingüísticas, anclados todos ellos: lenguaje, realidad, sujeto y saber, al constructo de un proyecto humano

progresivo, lineal, gramatical, tecnocrático de la sociedad. Discurso legitimador de un poder dominante y de una mirada calculada, fría y distante de la vida humana y sus múltiples posibilidades de ser, darse y transformarse en el mundo desde el lenguaje y la cultura.

Los modelos representacionales de las ciencias humanas tradicionales encuentran su mitin en las nuevas tecnologías de la información, que tras el telos de las formas realistas, figurativas de una sola realidad y de una sola historia, la historia unitaria de la ciencia moderna, publicitan la imagen exacta del mundo, la imagen científica del sujeto universal ideal. Las mismas tecnologías de la comunicación avanzan gracias a las fórmulas políticas y estratégicas que militares y gobiernos han impuesto para el acecho y la totalización, para el dominio y para la guerra, de la cual somos nosotros sus herederos más cómplices y cercanos, pues trabajamos con sus mismas armas de propagación, legitimando todas las otras formas de violencia implícitas en el discurso de la unidad, de la integración y el concilio.

Desde este origen, se estima oportuna una revisión hermenéutica al saber de la comunicación hoy, no tanto en la lógica de las ciencias sociales tradicionales, humanistas y humanitarias, sino como escenario de conocimiento, de convergencia entre saberes y experiencias sociales, comunitarias, culturales,

¹ Comunicadora Social y Periodista. Profesora del Área de Formación Básica y Disciplinar del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. mariandreago@hotmail.com

urbanas, creativas, humanas; todas ellas al fin y al cabo, formas vivas de la comunicación y de sus procesos urgentes de transformación y cambio.

El camino de reflexión lo abrieron Adorno (2009) a partir de la Teoría Crítica de la sociedad y la propuesta de *razón comunicativa* (Habermas, 1985) como ideal integrador en el progresivo desarrollo de la modernidad. Tales discursos, amparados aún en los ideales hegelianos de identidad, semejanza y reconciliación, bajo los cuales se devela cómo el lenguaje sirve, o bien para normatizar un estado de realidad por adecuación, o para establecer los acuerdos políticos bajo los cuales se rige un estatuto de poder, son rebatidos por pensadores que ven dentro de estas teorías de la transparencia algunas disonancias que no permiten abordar el fenómeno del entendimiento comunicativo en su compleja conformación y desarrollo.

La crítica y la sospe-
cha hermenéutica
(Vattimo, 1991)
van de la mano con
una multiplicidad de argumentos que in-
tentan y ensayan disponer, no una nueva
teoría de la comunicación a la manera de
una ley física o una fórmula establecida
y totalizante, sino por el contrario, un
camino que amplíe la mirada y el abor-
daje sobre lo que se presenta hoy como
un contexto social difuso en el cual los
ideales de una *comunidad ilimitada* por
vías de la comunicación se evidencian
irrealizables. Un saber comunicativo
y no una ciencia de la comunicación,
reconoce la incomodidad a la que se

ve confinado por tener que servir a las adecuaciones normativas de una sola verdad en el marco diferenciado del entendimiento racional.

Será tarea de la comunicación comprender cómo su saber y su práctica, ligadas estrechamente con el uso y la manipulación de las tecnologías de la información, se han revertido en el espacio de las grandes configuraciones de los modelos de sociedad, acechando sin medida hasta los espacios más íntimos y personales de los sujetos y grupos que la conforman. Ha sido responsabilidad de las ciencias humanas y sociales objetivar el conocimiento y cosificar lo humano, sirviendo de vehículo al crecimiento de las irrefrenables economías de mercado; en eso consiste su positividad, en su capacidad de aislar los hechos humanos como si fueran naturales, para fortalecer las lógicas de una razón instrumental al servicio de los poderes transnacionales del comercio con la vida.



Gramáticas del poder

Estructuralismo, funcionalismo, lingüística están en los confines de la cientificidad, en la seguridad de la certeza de un método unitario para todas las ciencias sociales y humanas; ya Raymond William (1965) y Michelle Mattelart (1982) advierten cómo, tanto los conceptos como los modelos sobre los que se han basado estas teorías, han sido acuñados por una “cultura superior” que no resulta ser más que una élite de científicos y

políticos sociales que, en busca de un gran público final, intentan moldear lo que ellos mismos denominan una *sociedad de masas*, a lo que la *comunicación de masas* corresponde con sus prácticas y estudios de efectos y recepción. El mismo ideal de la *comunidad ilimitada* de Apel y Habermas es sin duda un modelo basado en el de la comunidad de los investigadores y científicos a los que hacía referencia Pierce (1974) al hablar de *socialismo lógico*.

Todas estas corrientes y teorías encontraron su auge luego de que la segunda guerra mundial trajera consigo el perfeccionamiento en los aparatos informáticos necesarios para su despliegue; con ello fortalecieron los enfoques tecnológicos del comportamiento humano, a la vez que constituyeron los principios conceptuales de las ciencias humanas, bajo la influencia política de un poder autoritario y manipulador relacionado con las sociedades capitalista más avanzadas, que miden su desarrollo a través de las tecnologías de información de las que disponen (McLuhan: “la aldea global”) conformándose así, una esfera tecnocrática de burócratas propietarios de la ciencia y la técnica instalados en el poder.

Varios son los ideales que presuponen la creencia en un gran sujeto universal que puede consolidarse por medio de la razón científica que lo precede bajo las formas de la comunicación social y sus soportes tecnológicos. Ya la conocida fórmula emisor-canal-mensaje-receptor se ofrecía como el esquema exacto desde el cual capturar una sincronía que permitiera excluir los problemas del intercambio de información, eliminando la ambigüedad y aumentando la cuantificación económica de los servicios ofrecidos por la compañía telefónica que impulsó la utilización del esquema propuesto por Shannon y Weaver (1981). Teoría que

tiene su origen en las matemáticas y que se convirtió en lugar común y obligado para los estudios en comunicaciones.

Las revoluciones industriales y massmediáticas pronto se convertirían en las circunstancias predominantes para instaurar una lógica comunicacional proveniente de un modelo cuantitativo: transmitir el máximo de información con el mínimo de unidades (palabras o códigos) evitando al máximo los niveles de “ruido”, es decir, borrando todo “obstáculo” en el envío y llegada del mensaje. De esta manera, el ideal normativo de la transparencia rige para todos los procesos de transmisión lingüística, donde la progresividad, la continuidad ininterrumpida del lenguaje y la historia, coinciden con el ideal moderno del progreso y el ascenso de las sociedades de la comunicación ilimitada de Habermas, sociedad de la comunicación generalizada, infinita, continua.

Vattimo (1996) advierte sobre la confusión entre comunicación y massmediación que entraña este ideal normativo, a la vez, que desenmascara la estrategia de sustentar un sujeto universal y una verdad absoluta tras la consolidación de una gran comunidad de interlocutores hablantes, donde toda diferencia y conflicto debe ser resuelta por vía comunicativa. Este ideal político del acuerdo y el consenso busca eliminar lo distinto, entendido como “obstáculo” que no permite la veracidad en el lenguaje, ni la transparencia en la comunicación. La transparencia como ideal implica una actitud de tipo científico; es decir, el sujeto debe actuar objetivamente sin permitir que nada se interponga entre su razón y los hechos reales. Momento en que la comunidad de la comunicación, que constituye el sujeto trascendental de la ciencia, se convierte al mismo tiempo en el objeto de manipulación

científica: sujeto absoluto, positivo, que demuestra la verdad de la ciencia. El despliegue de la sociedad moderna en sus aspectos comunicativos constata la “positividad” a la que se ha volcado el conocimiento humano.

Asistimos hoy a la conformación de una sociedad de la comunicación generalizada, determinada por las tecnologías de la información y por el auge de las ciencias humanas, intensificadas al interior de su mismo desarrollo técnico y científico. El ideal social de la modernidad, reflejado en la utopía de la transparencia, señala el papel que tales ciencias, desde la psicología hasta la antropología, tienen en la constitución de un saber objetivo que permita universalizar un ideal normativo concentrado en las formas informáticas de la comunicación, pero sobre todo, en el allanamiento de su herramienta principal: el lenguaje.

De esta manera, ser consciente de sí mismo, la autoconciencia social, la del sujeto universal, implica mantener un principio de realidad donde entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace, haya una coherencia tal que no de cabida ni al error ni al azar (o lo que sería la “opacidad”, el “obstáculo”, el “ruido” que hacen que la comunicación sea imperfecta). Adecuación del lenguaje y de la realidad conforme a los caprichos de la mente, a las exigencias de la razón. Tal ideal asigna tanto a la comunicación social como a las ciencias humanas un carácter no sólo instrumental, sino de alguna manera, final y sustancial. Así, las ciencias humanas o sociales son la condición positiva que haría posible una autoconciencia social.

Hacia esta dirección apunta el ideal normativo de Pierce cuando dice que todo acto lingüístico se desarrolla siempre en el horizonte de una comunidad ideal

de dialogantes que exige una veracidad del lenguaje para que haya consenso sin disonancias. Alimentadas por las matemáticas, la Teoría de la Información hace un uso racionalista de la palabra en tanto código numérico, palabra que en el universo científico se remite al lenguaje de la prueba y la fundamentación: principio único, claro, evidente y distinto. Teoría que hace del mundo y del hombre mismo algo calculable y dominable al saber científico tradicional. Objetos de saber: cosas.

La linealidad a la que corresponde una gramática moderna, que viene en su decurso histórico de la tradición oral y escrita de la educación ilustrada de occidente, ha marcado los lineamientos que rigen el dominio sobre el conocimiento de las sociedades modernas desde hace algo más de 250 años. Las ciencias sociales y humanas, que han laborado sus principios, han correspondido siempre a un sistema de poder que rige los lenguajes para su entendimiento, difusión y adopción en una interiorización trascendental = la autoconciencia Hegeliana.

Debilitamiento de las fórmulas racionales

Si el lenguaje es algo que más allá de la lengua, comprenderíamos cómo los sistemas lingüísticos gramaticales, impuestos desde la ciencia occidental, en cuanto “imagen exacta del mundo”, chocan cultural y simbólicamente con los propios de otras latitudes como las nuestras, donde reproducimos parte de su misma lengua (impregnada violentamente) y quizás su misma forma de difundirla; pero no, su misma manera de asumirla, de entenderla, ni de recrearla, agotándose una cerrada estructura lingüística que no puede ponerse al plano de lo real-social y menos, de

situaciones culturales complejas donde la técnica, la racionalidad y lo humano se entremezclan en una ironía social desestabilizante. “La diferencia entre las lenguas no es de sonidos o de signos sino de perspectivas cósmicas o visiones del mundo” (Garroni, p. 36).

Las gramáticas textuales ceñidas al habla y a la escritura racional-conceptual, se agotan en sus estructuras sistémicas de lectura frente a una realidad social atravesada por una profunda tradición mítica-poética y simbólica que despierta frente al escenario global que la circunda. Y aunque tanto la lingüística como la semiótica parten de la interpretación, su criterio de *arquitectura del lenguaje* no les permite rebasar su análisis más que en un tipo de datos y de competencias del habla, como una taxonomía del lenguaje. Tales disciplinas se valen del valor idiomático de la lengua a la que se le puede atribuir cierta organización gramatical, signica que la hace tangible, reduciendo la experiencia del lenguaje sólo a un sistema, a una categorización que relaciona objetos entre sí gracias a un enunciado. Reducción del fenómeno del lenguaje sólo a una función de su expresión: el habla y su organización en un conjunto de reglas que son extrapoladas a la escritura. Así, todo lenguaje debe ser susceptible de leerse bajo los códigos de sus elementos materiales dados por la comunidad idiomática de una lengua determinada.

Pero no es esta materialidad la que constituye el sentido del lenguaje y menos la que da expresión humana a la vida cotidiana; su capacidad de ser sensible y espontáneo lo dota de un simbolismo que rebasa la mera experiencia práctica y autoconsciente a la que se ve superada por tener que ser el objeto de entendimiento de un proyecto social y

político global. Se podría comprender entonces el giro que dio paso a la semiótica para flexibilizar la disciplina y poner el acento en el *sujeto de la enunciación*, concesión de la misma lingüística para tratar de ponerse a tono con las transformaciones sociales que le asechaban. Aún hoy, la disciplina semiótica persigue su cientificidad de manera laboriosa, pero sin quererse salir del concepto asegurado de su propio método y verdad.

Si el lenguaje es una creación social humana, no tiene por qué reproducirse bajo los códigos de una realidad impuesta como representación verosímil de una presunta verdad; mucho menos debe enclastrar al lenguaje bajo normatividades de la palabra, ley y norma de la ciencia. La palabra, el lenguaje, o como diría Heidegger “la casa del ser”, no puede perder su sentido simbólico ni su sentido y condición humana para crear y re-crear la realidad social a la que pertenece a través de su expresión; es decir, la del espacio y el tiempo del hombre y de la mujer reales, concretos, de la vivencia cotidiana, de la experiencia ordinaria, trivial, cómica o trágica de la vida humana y de la cultura que la constituye.

El panorama tecnológico ante el cual se enfrentan las sociedades actuales, nos pone frente a fenómenos expresivos que desbordan las linealidades a las que se adecuan las producciones comunicativas con sus lógicas violentas de realismo, representación y verosimilitud. Las tecnologías de la imagen son el producto revolucionario por excelencia de la ciencia informática, y ellas, más que subordinar las subjetividades a una racionalidad tipificada en parámetros hereditarios e idiomáticos, se suma a la gama de herramientas con la que se expresan las múltiples voces que reconstruyen los senderos culturales con sus propias

imágenes y realidades, como resultado de las reconfiguraciones sociales que los nuevos aparatos han dispuesto dentro de los espectros e imaginarios de unas nuevas relaciones entre el saber, el conocer y el pensar contemporáneo.

Subjetividades estéticas

El mundo de las imágenes al que nos vemos abocados, no habla en sentido literal a la manera de los discursos articulados, se proyecta mejor a la manera de una nueva visibilidad en tanto comprensión; visiones del mundo que son resignificadas en relatos y narraciones que no tienen la obligación de dar cuenta de una realidad objetivada por su inmediatez, escritura hermenéutica que no busca la verdad de la ciencia por una imitación del exterior como método para elaborar datos observables que delimiten sus hipótesis frente a supuestos hechos, que en su análisis verbal se quedan en la obiedad. El trabajo interpretativo de la visión, implica descubrir territorios de significación desconocidos, singularidades ocultas, experiencias concretas no reducibles a meras codificaciones lingüísticas, como lo dice Emilio Garroni (1981, p.37).

Christian Metz (1981) en su reflexión sobre el lenguaje cinematográfico nos dice

que el único lenguaje en sentido propio es el lenguaje hablado, y que por ello, la expresión *lenguaje cinematográfico* es una metáfora que intenta designar semejanzas y diferencias entre la expresión cinematográfica y el lenguaje verbal; aun así, el uso de la metáfora designa un sentido simbólico que sólo puede ser traducido en el pensamiento y en la expresión humana, en el lenguaje en cuanto creación abierta a todas sus posibilidades de exteriorización y creación determinadas por el sujeto y su historia. "Todo nombre es una transferencia metafórica, una manera indirecta de describir las palabras y las cosas... ideas imaginarias que lo representan a manera de conceptos... Si el lenguaje nombra la realidad no es para compararla ni para enunciarla, sino para crearla" (Casirer, 1996, p. 51).

Ante un nuevo escenario protagonizado por estos avances, sus usos alternos y reconfiguraciones sociales contribuyen a la desmonopolización del dominio de la verdad científica, que según Vattimo

pone al discurso dominante en los vaivenes de una supuesta realidad social y cultural. Crisis de la imagen tecno-científica del mundo; es decir, derrumbamiento de los ideales comunicativos, de la transparencia en la evidencia de la opacidad, del sentido afectivo y no efectivo del lenguaje. La función social del lenguaje es la de expresar sentimientos y pensamientos humanos que puedan ser intercambiados y transformados en la interacción que funda imaginarios colectivos y metafóricos, y no la de imponer una forma de vida y entendimiento intersubjetivo mediado por los intereses de una élite dogmática y acomodada en las fórmulas del conocimiento y el poder burocrático de la ley y la norma = lógica de relación entre quien manda y quien obedece. Por el contrario, nombrar el mundo es crear un universo de sentido común sin jerarquías de dominación y control.

La palabra trasciende en la imagen su función de sonido=concepto y potencia su dimensión simbólica, remitiendo su sentido a sus orígenes metafóricos, donde el mito y la poesía organizaban los sentimientos y los pensamientos con los que se fundan realidades posibles, imaginadas. Los imaginarios simbólicos del mundo son los que generan la red de sentidos que permiten el reconocimiento de una colectividad, y por lo tanto las bases para la transformación social y cultural. La comunicación, como proceso social, se articula sobre la dinámica de las narraciones donde, según Silva, se integra el habla, el gesto, la mirada, el espacio interpersonal, la proxémica y el contexto, dando cuenta de entornos comunicativos en los cuales se produce el sentido y el diálogo social, sin dejar de evidenciar la fractura del ser humano y las heridas que la razón instrumental ponen al descubierto sobre un cuerpo, hasta ahora, vuelto a su lugar.

Una hermenéutica de las imágenes del mundo posible, desde una disyunción interpretativa, permite desplegar la posibilidad creativa del lenguaje para potenciar la simbología sobre una realidad propia que se va construyendo en medio de un contexto social donde el metarrelato de la realidad, de la verdad y de la historia, está puesto en cuestión gracias a la diversidad de los lenguajes como consecuencia de la explosión de la realidad en el expandirse de los aparatos y las imágenes que los soportan. Silva expone cómo el desafío para las ciencias sociales se inscribe dentro del estallido de las fronteras y los contornos difusos; cambios que atraviesan el desorden, la vida urbana y el desajuste entre identidades, territorios, sensibilidades, creencias y comportamientos. En esta medida, Derrida (1991) percibe la comunicación en una función que va más allá del transporte de una información o un saber, sino que busca entablar ciertas relaciones que aparecen con otras posibles finalidades en el plano de los sentidos, de lo sensorial, de lo corporal, pero también en el plano de lo simbólico y lo imaginario. Lugares para el relato menor, para la subjetividad.

Los mismos movimientos sociales aparecen bajo la construcción de relatos que asocian intereses de reivindicación común, donde la democracia se produce de manera directa: mujeres, etnias, homosexuales, colectivos y grupos urbanos, en la búsqueda de una alternativa a las formas hegemónicas y la legitimación de su intervención activa como actores sociales muy diversos de un proceso de comunicación humano con la necesidad de reconocer en el otro un problema decisivo para su saber. En este nuevo sistema de valores, las perspectivas subjetivas del mundo se traducen a manera de “visiones” o “fabulaciones”

en la medida en que no hay hechos sino interpretaciones; esto es a lo que Nietzsche (1999) llamó “realidad del mundo”. Tematizar el contexto de las múltiples fabulaciones es precisamente la tarea y el significado de las ciencias humanas, diría Vattimo.

Las narraciones son producciones simbólicas históricas; es decir, están situadas dentro de coordenadas sociales que las presentan explícitamente en su carácter de relato plural, transformadas como elementos de liberación ante la rigidez de los metarrelatos que condicionan las singularidades y las diferencias humanas, asumiendo distintos modos de comprendernos y representarnos desde la especificidad de las culturas, los géneros y los diferentes lenguajes como manifestaciones del universo de la subjetividad. La experiencia estética en su relación con el entendimiento comunicativo (Honneth, 2009) abre el espectro de los referentes y los puntos de vista hacia otras formas de lo real posible, ofreciendo una validez empírica no equiparable al posicionamiento racional en el habla discursiva, sino que, en su capacidad de producir conocimientos, abre nuestra relación con nosotros mismos y con el mundo que nos rodea mediante la vivencia e interpretación de tales experiencias.

Estas narraciones producto de las manifestaciones de las subjetividades y

el choque cultural que las atraviesa, proponen un telos escénico, un telos de coexistencia que critica el telos rígido, unívoco, intencional y naturalizado como verdadero de las teorías idealistas y de las ciencias del espíritu. En vez de una proxémica identitaria, transparente entre los seres, la interpretación de tales narraciones y experiencias, da como resultado la puesta en obra de universos colectivos que se entrecruzan por el paso desestabilizante de la creación, de la invención de mundos y realidades que se comparten colectivamente, y se cuentan, no a la manera natural del mito, sino como construcciones sociales históricas que se transforman en referentes distintos de realidad, en aperturas de miradas locales mínimas; micro-relatos que desde la hermenéutica ponen en evidencia los errores sociales de la propuesta moderna, altamente benéfica para el conocimiento científico y la economía global, pero insuficiente en sus alcances para cubrir la deuda social del estado, de la empresa y del capital burgués.

La tarea para nosotros se presenta ardua, aunque más allá de las teorías y las discusiones académicas, la emergencia por la expresión social desborda los análisis y desde cierta marginalidad legítima lenguajes contruidos en la opacidad, la diferencia y el renacer de la sensibilidad corporal de los sujetos y la urbe.

Referencias bibliográficas

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (2009). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid, España: Trotta Editorial.
- Cassirer, E. (1996). *Antropología de las formas simbólicas*. México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Derrida, J. (1991). *La Torre de Babel*. Madrid, España: Cátedra.
- Garroni, E. (1981). *Los lenguajes no verbales*. Barcelona, España: Fontanella.
- Habermas, J. (1985). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid, España: Taurus.
- Honnet, A. (2009). *Patologías de la razón*. Buenos Aires, Argentina: Katz Editores.
- Mattelart, M. (1982). *Tecnología, cultura y comunicación*. Barcelona, España: Mitre.
- Metz, C. (1981). *Cine y Lenguaje*. Barcelona, España: Fontanella.
- Nietzsche, F. (1999). *Estética y teoría de las artes*. Madrid, España: Tecnos.
- Peirce, C. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires, Argentina: Nueva visión.
- Shannon, C. y Weaver, W. (1981). *Teoría matemática de la comunicación*. Madrid, España: Forja.
- Vattimo, G. (1991). *Ética de la interpretación*. Barcelona, España: Paidós.
- Vattimo, G. (1996). *Las sociedades transparentes*. Barcelona, España: Paidós.
- William, R. (1965). *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona, España: Paidós.